

UNA

PARTIDA DE CHUECA.

(Escenas Araucanas.)

I.

En medio de la monotonía de nuestras costumbres, de la uniformidad de una vida siempre idéntica, en este desierto para los poetas, existe un oasis, que pueden dibujar con sus pinceladas mas orijinales. No se crea por esto, que es un bosque risueño i encantador, poblado de palomas i de abejas, donde serpentean cristalinas aguas; al contrario, es una floresta sombría, en la que vagan seres que nos chocan por sus formas, sus hábitos i sus ideas; pero que formando un contraste con las impresiones que recibimos cada dia, podremos por lo mismo retratarlos con mas perfeccion. Los Araucanos conservan una fisonomía particular, tienen las diferencias características de los pueblos al nacer, que no han perdido en su frote con las otras naciones, i que la civilización destruirá al fin, imprimiéndoles una estampa comun, que hará desaparecer sus rasgos peculiares. Uno de los medios de abandonar las huellas de los escritores extranjeros, i abrirse una senda nueva en literatura seria describir sus pasiones, sus corre-

rias i sus juegos, que nos muestran un mundo tan diferente del nuestro.

Por otra parte, en nuestras llanuras, en nuestras selvas han ocurrido hechos enredados con las costumbres del salvaje, de un carácter primitivo como una página de Omero, terribles a veces en su simplicidad como una escena de Shakspeare. Pero estos sucesos yacen en el olvido mas profundo. ¿Quién, por ejemplo, conoce ahora en todos sus detalles, el drama cuyo protagonista fué Maran i a que sirvió de teatro la Araucania? Mui pocos poseen esta historia en manuscritos ¹ trasmitidos de jeneracion en jeneracion, que apénas leen uno que otro, i que cubiertos de polvo encuentran al cabo un archivo por sepulcro. Hé aquí la narracion de este acontecimiento, mala, pésima, si se quiere, pero al ménos marcada con un sello americano.

El 28 de Octubre de 1793 salió de su palacio, a las nueve de la mañana, acompañado de solo un paje, el señor doctor don Francisco de Maran, del consejo de Su Majestad i obispo de la iglesia de Concepcion, para la visita episcopal de la frontera de Chile, Valdivia i Chiloé. Una barca le esperaba a orillas del manso Biobio, se introdujo en ella silencioso, se arropó con su manto i vigorosos remeros haciendo deslizarse el esquife, como una flecha, le depositaron en la opuesta ribera. Esta partida solitaria tenia el aspecto de una fuga: no habian concurrido a acompañar a su pastor ni el pueblo, ni el cabildo, ni la nobleza, ni los cuerpos milicianos, ni el clero con la pompa del catolicismo. Un no sé qué de triste asediaba el ánimo de Maran, i le ponía pensativo, taciturno, sombrío. De intento habia apresurado la hora de su marcha, para no dar el adios a su rebaño, alejándose de Concepcion con la amargura del hijo, que al partir para tierras remotas, sale presuroso sin atreverse a despedir de su querida madre, que teme no volver a abrazar en este mundo.

Se emplearon todos los medios posibles para desvanecer sus presentimientos. El intendente de la provincia, don Ambrosio O'Higgins de Vallenar, no solo le proporcionó una poderosa escolta, sino que envió además el mensaje de costumbre, para solicitar el pasaje por las tierras de los caciques, que se ofrecieron ellos mismos a acompañar al prelado con sus jentes de armas, para protegerlo en caso de una sorpresa.

(1) Esta relacion está tomada de un manuscrito orijinal de uno de los compañeros de Maran, que el señor Arlegui ha tenido la bondad de franquearme.

Ningun peligro podia temerse, mientras marchase por las tierras vecinas a Concepcion, puestos avanzados de la civilizacion india, habitadas por poblaciones, mezcla de naturales i españoles: su tránsito por ellas era el viaje de un apóstol, porque, sino sembraba la semilla en estos paises salvajes, por lo ménos era él quien la cosechaba. Así al principio confirmó 1998 personas, desde San Pedro hasta la plaza de Arauco; pero llegado a este punto todo cambió de aspecto. Semejante al marino que en la costa siente apenas susurrar la brisa i en el alta mar encuentra los vientos rebeldes a su voluntad; hasta aquí todo habia sido obediencia i sumision, ahora venian tambien tribus enteras a arrojarse a las plantas del obispo; pero cuando llegaba a examinarlos de la doctrina cristiana, no sabian que responder i sus amorosas pláticas, sus patéticas exortaciones iban a estrellarse con un corazon de piedra, que no palpitaba por ninguna de sus palabras. En verdad era un espectáculo tierno e interesante, el ver a los Araucanos, esos hombres de bronce, en cuyo pecho habian rebotado las balas españolas, postrarse de rodillas en presencia de un anciano de cabellos blancos, encorbado por la edad, verlos besar sus pies, recibir su bendicion i retirarse en seguida tan ignorantes como habian venido, i sin querer renegar sus bárbaras creencias. Maran continuaba entre tanto en avanzar, sin fijarse en que las filas de los indijenas, que se abrian en su marcha, se cerraban despues de su pasaje, como las aguas del océano sobre el surco de un bajel. Caminaba olvidando que sus súplicas iban a perderse en el estruendo, que formarían los gritos de muerte escapados de la boca de millares de hombres, agujoneados por la sed del pillaje i de la carniceria i que aborreciendo la dominacion extranjera, no era dificultoso que le atacasen en caso de poderlo.

Escoltados por hordas enteras, si se dirijia a su ruina, era por una senda tan deliciosa que realmente estaba encantado con el lujo de aquella naturaleza. De pronto eran espesas selvas de lumas, laureles, robles duros i elevados, como columnas de mármol, su edad era tal vez siglos i en sus troncos se enroscaban, siendo las guirnaldas de estas pilastras naturales, enredaderas nacidas el dia anterior i que ya cubrian el árbol desde las raices hasta la copa con racimos de flores i con ojas, formando cúpulas de impenetrable verdura. Otras veces embelesaban su vista dilatadas campiñas, alfombradas de fragantes yerbas i de frutas silvestres, que crecian entre la maleza. La escena cambiaba to-

davía; al acercarse la ruta hacia la playa; i entónces se deleitaba con la ajitada respiracion del océano i los rios que en él desembocan.

El aire del camino i la fidelidad de los indios, de quienes no tenía porque quejarse hasta aquí, i que reverenciaban en su persona al sacerdote, ya que no al Español, habian disipado completamente los temores de Maran, al llegar a la montaña de Tirua, inmensa cortina de piedra, que interceptaba sus miradas, i que iba a separar dos faces mui diferentes de su vida. La trepó casi risueño, i cuando se encontró elevado sobre este enorme pedestal, creyéndose mas cerca de Dios, le imploró con fervor, para que el término de su viaje fuese tan feliz como el principio. En el descenso, los caminantes se sorprendieron por un sonido inusitado, que turbaba el silencio de aquellos lugares. Se apresuraron a bajar i su asombro cesó pronto al distinguir al pie del cerro una tropa de indijenas a caballo i bien armados, a las órdenes del cacique Huentelemu, que estaba dispuesto a acompañarlos i hacia solemnizar su llegada con varias piezas de música. Ningun cacique habia tributado mas adoracion al obispo, i no sé por qué sus respetos le dejaban frio. Sus grandes ojos centellantes i negros como el ébano, siempre cubiertos por sus párpados, siempre fijos en tierra, vibraban súbitos relámpagos que lo hacian tiritar de miedo cuando los sorprendia por casualidad.

La presencia de este indio arrastraba consigo la desgracia pues desde este encuentro todo se presentó a la vista de los viajeros con un tinte pálido i sombrío. Las noches poco há tan apacibles, tan tranquilas, no cobijaban ahora entre sus tinieblas, sino las visiones mas horribles. La floresta ántes silenciosa e inmóvil, a no ser que la agitase el huracan, presentó un aspecto extraordinario i fantástico. Los soldados de la escolta, que dormían a cielo raso, juraban haber visto moverse los troncos de los árboles, como si estuviesen dotados de vida; al mismo tiempo que otros creían escuchar en medio de la oscuridad los silbidos de aves desconocidas i percibian animales de extrañas formas. No eran esos fantasmas solitarios, que los novelistas nos pintan en los castillos góticos o en las iglesias arruinadas; era algo de semejante a los espectros, que deben hormiguar en una selva cuajada de bandidos, en una de aquellas florestas, que aparecen tan bien dibujadas en las novelas de Cooper.

De día en día, las visiones iban siendo ménos vaporosas. Una noche el estrépito fue tal, que la alarma se comunicó rápidamente

te a todas partes. Los caballos relinchaban, como si alguien emprendiese robárselos, mientras los perros prorrumpían en ladridos prolongados. Cada uno de los viajeros se puso en pie, pero los indios intimidados a levantarse no quisieron hacerlo: «debe ser algún león» contestaron, volviéndose a acostar perezosamente en sus camas. La calma se restableció en fin por sí sola i poco a poco los ladridos se convirtieron en esos suspiros lastimosos, que escuchamos cuando el mundo es una vasta soledad. Volvió el silencio, pero no el denuedo, i temerosos se retiraron a las tiendas, no atreviéndose a permanecer afuera. Las agitadas emociones del momento produjeron en Marañ una impresion profunda. Así es que tarde se sintió ajitado de una fiebre devoradora, tuvo sed i no encontró agua a su lado; con el objeto de proporcionársela, pero sobre todo con el de refrescar su cuerpo con la pura brisa de la campiña i de indagar por sí mismo la realidad de los que hasta entónces habia llamado cuentos, salió al campo solo, sin que nadie le acompañase. Apénas salido, un espectáculo extraño se ofreció a su vista. La montaña de Tirua, que se destacaba en el horizonte, resplandecía coronada por una diadema de fuego; quiso buscar la explicacion de este fenómeno i volvió los ojos en contorno; ¡nuevo asombro! los cerros vecinos agitaban en los aires cabelleras de llamas, como si una chispa eléctrica hubiese encendido un volcan en cada cima. El obispo de Concepcion quedó aterrado: esta luz era la antorcha que iluminaba su espíritu i le hacia comprender que aquellas hogueras eran los telégrafos del indio i sus resplandores las cifras misteriosas que tramaban su muerte. Con esto se explicaron las visiones del camino, pues no conservó la menor duda de que los salvajes protegidos por las sombras, venian a espiar su marcha, para aprovecharse de una ocasion oportuna de precipitarse sobre él. Bamboleando i convulso por lo que le parecia un sueño espantoso, se retiró de nuevo a su lecho con la conviccion de estar rodeado de enemigos. Allí ahogando sus sospechas en el corazon, no las reveló, sino a mui pocas personas, temeroso de que las zozobras obligasen a los demas a emprender algo que los perdiese.

Al dia siguiente partieron mui temprano. Ancatemu, hermano de Huentelemu, se adelantó para cortar el monte que imposibilitase el paso. Volvió mui tarde i como si viniese de alguna cita, tuvo una conferencia en voz baja con su hermano: por fin se avanzaron ambos i dieron por pretesto para retirarse las faenas de la labranza i el cuidado de sus vasallos. Marañ se alegró in-

teriormente de esta partida, que le permitia acelerar la marcha, para reunirse cuanto ántes con Iman, su amigo i cacique de la Imperial, i entónces estaba salvo.

Caminaron, pues, sin descanso a pesar del sol que los abrazaba i de una polvareda sutil, que les impedía la respiracion, hasta llegar a un bosque espeso, entretejido de pinos, en donde les fué necesario detenerse, para tomar aliento. El sitio era peligroso, pero Maran estuvo prudente, porque conociendo que los indios ansiosos de robar, se arrojarían sobre el bagaje, ántes que sobre las personas, hizo colocar a una distancia considerable las cabalgaduras con las cargas. Se ejecutaban sus mandatos, cuando apareció en una loma situada enfrente una numerosa tropa de salvajes, que fueron recibidos por los viajeros con gritos de entusiasmo, creyéndolos indios de la Imperial. Avanzaron en buen orden, hasta que habiendo descendido de la colina, la floresta de lanzas, que se elevaba sobre sus cabezas, se abatió por un movimiento comun como las espigas a los impulsos del viento i entónces jinetes i caballos se lanzaron a escape en confuso torbellino. Nada mas horroroso que aquella masa informe que corría con la rapidez del rayo, rodeada de nubes de polvo, como una bala envuelta en humo, de cuyo seno se escapaban los aullidos amenazantes de *malon, malon*.

A tan brusco ataque en el instante mas imprevisto, todos quedaron un momento atónitos, i luego se desparramaron por diversas partes en su fuga; pero Maran acompañado de unos pocos, sin perder su sangre fría, saltó sobre un caballo i se precipitó a carrera tendida, en tanto que los indios se entregaban al saqueo. Figureménos a este hombre acostumbrado a las dulces emociones de salon, que, si emprendía un paseo lo hacia en coche i si un viaje en mula, galopar sin descanso sobre un brioso corcel, vadear ocho o nueve veces el Tirua sin comer desde el dia anterior, i no detenerse, sino en el paraje mas montuoso, temiendo a cada rato ser atacado por un ejército de forajidos.

Su situacion fué terrible, cuando la oscuridad vino a multiplicar con sus sombras el peligro que al ménos durante el dia, podían mirar frente a frente. La noche estaba calmada i tenebrosa, el viento no movía ni una hoja, cuando de repente sintieron las pisadas de un caballo, que al chocar con las piedras, retumbaban en el silencio con el estampido del trueno. Hubo un instante de indeseable ansiedad, porque el ruido se acercaba ácia el sitio en que estaban ocultos los fujitivos con la certeza del perro que busca a su

amo. No quedaba duda que era el enemigo. que había descubierto la guarida. Sus compañeros de infortunio echaron a huir, pero el obispo empapado con el agua del rio, chorreando sangre de las heridas causadas con las espinas i las zarzas del camino, no tuvo fuerzas, sino para caer de rodillas, como esos soldados sangrientos, que suelen alzarse en los campos de batalla, exclamando: Señor, Señor ¿por qué me habeis abandonado? Estoi resuelto a padecer el martirio que sufristeis, pero no olvideis, gritó desesperado, que vos sois un Dios i yo solo un hombre. Su voz talvez fué oída, porque al mismo tiempo cayó muerto junto a él un caballo, que los indios habian lanzado, no de otro modo que si lo hubiesen hecho con un ser racional, i calmado el susto se notó que era el que llevaba los comestibles i que amadrinado con el que montaba Maran, por el instinto propio de su especie, habia venido a reunirse con su compañero. Este incidente daba a la tragedia del bosque la conclusion de una comedia, pero en cierto modo los salvaba, porque la comida en su estado era un nuevo maná para sus hambrientas bocas.

Recobrando con el alimento las fuerzas desfallecidas, se apresuraron a dirigirse a Yupegue, donde el cacique Curimilla su fiel partidario, los disuadió de una vuelta a Concepcion, pues la montaña de Tirua, fortaleza construida por la naturaleza, estaba tomada por los enemigos, quienes se habian encastillado en ella para cortarles el paso. Cerrada esta puerta, quisieron escaparse por Valdivia. Borrascas, rios, precipicios nada los detuvo; ya se dejaban rodar por los abismos, ya tenian que trepar los parajes mas escarpados hasta llegar al Imperial. Nueva desesperacion! estaban en la orilla i no tenian barcas para pasarlo.

Se ocultaron en unos manzanares, desde donde podian acechar una ocasion propicia para salvarse. Allí permanecieron algun tiempo. Un dia vieron aparecer en la opuesta ribera dos Españoles persegidos por una partida de salvajes, ambos se precipitaron en los aguas, uno de ellos forcejó un rato contra la corriente, pero los remolinos teñidos con su sangre lo tragaron; el otro se aferró con la desesperacion del náufrago a la cola del caballo, que lo condujo nadando al lado opuesto. Las noticias que traia eran terribles: los vasallos de Iman hasta entónces fieles se habian sublevado tambien, pidiendo a gritos la cabeza de Maran i atacando a los Españoles que se encontraban entre ellos.

El horror de esta situacion se aumentó todavia, cuando se supo

que los revoltosos avanzaban de todas partes, aproximándose mas i mas. Se repitieron letra por letra sus palabras. «Hemos acorralado a los Españoles, decian, como a lobos marinos i si quieren escaparse de la lanza, tienen que arrojarse al mar para pasto de los peces.» En vano se escondió el obispo, pues no podia ocultarse por mucho tiempo a tan excelentes mastines, que lo descubrieron acurrucado con sus compañeros en una cuesta tupida de esos coligues i quilas, que Virjilio parece haber descrito: *densis hastilibus horrida myrtus*, i que provee de armas al salvaje. Son curiosas las razones que alegaban los *llanistas*, autores de la rebelion, para justificar el asesinato que premeditaban: querian consignar en los fastos de su historia el haber enterrado a un obispo en los Llanos, ya que los *costeños* tenian un presidente i dos maestros de campo, que habian degollado 190 años há. Pero el tiempo que demoraron en buscarlo, permitió a Curimilla el defensor de Maran presentarse al frente de los indios de Tirua, Tucapel i Lleullen, cuando se conducia en triunfo a la victima. Por ámbas partes se manifestó el mismo tezon, unos por matar, otros por defender, i la tierra de Arauco iba a empaparse con la sangre de sus hijos, cuando los dos partidos convinieron en decidir por la suerte su querella i remplazar la batalla por una partida de chueca.

II.

¿Qué es la chueca que no conocemos, sino por las pálidas imitaciones que de ella nos dan algunos muchachos sucios i harapientos en nuestros campos? Hé aquí como la describe un escritor español. «El juego mas usado de los Chilenos, es el que llaman de la chueca. Esta es una bola mayor que la pelota, tras la cual andan doscientos, trescientos o cuatrocientos indios, que por adelantar su partido, hacen las mayores demostraciones de su ajilidad i destreza. Se dividen en dos baudos, con igual número de competidores, que se ayudan unos a otros, repartidos en diversos sitios, impeliendo con unos largos palos la bola hasta el término señalado, con impedimento del contrario, que se esfuerza con grande emulacion i porfia por votarla al término contrapuesto. Al concurrir dos a una, allí es el correr tras ella como gamos: éste para adelantarla con otro golpe hácia su raya i aquel para enderezarla a la de su banda, disputándose con tal ardor la victoria, que suele estar dudosa hasta el fin de

tarde, i a veces no se declara por ninguna de las partes, i se reserva la conclusion para otro dia, por ganar los premios que se proponen a los vencedores. Es juego mui divertido, a que concurre muchedumbre de jente; pero suele costar caro a los competidores, porque errando el uno el golpe dirigido a la bola, suele descargar o en la pierna, o en otra parte del cuerpo del contrario, i abrirles grandes heridas bien que las curan en breve, aplicando sus yerbas i simples de prodijiosa eficacia, a que debe ayudar su buena complexion, porque de ordinario sanan mas breve i felizmente que los Españoles de sus enfermedades.»

No es una diversion bajo ciertos aspectos fria, como los combates de toros en la España o las corridas de caballos en la Inglaterra, en que el espectador no se interesa, sino por las emociones sangrientas que siente despertarse en su alma o por el sobresalto en que le pone el oro que va a ganar o perder; aquí cada individuo toma parte en la accion, i su ganancia o pérdida le importa una victoria o una derrota particular; así es que se encuentra ajitado con las delicias del triunfo o los dolores de la desesperacion. En medio de costumbres enteramente guerreras, las diversiones deben participar de este carácter, por eso cada pasatiempo es una batalla i por eso el salvaje las ama con delirio. El Araucano no tiene mas pasiones que la lanza i la chueca, fieles queridas que lo acompañan hasta la tumba, pues se hace enterrar con ellas, i que piensa encontrar aun mas allá. Si el Musulman se figura el cielo un harem de atmósfera tibia i perfumada, habitado por voluptuosas mujeres, encantadoras huries, el indio abraza la creencia de encontrar en la eternidad llanuras sin limites, en las que montado en rápidos corceles, correrá en pos de sus sangrientos malones i jugará a la chueca hasta sentirse desfallecido.

Pero la importancia de este juego no es tan limitada que solo sirva para el placer del salvaje en este mundo i para encantarlo, al fin del *largo viaje*, en el otro: es ademas el oráculo que consulta en todas las circunstancias de difícil resolucion, como la que se presentaba sobre la vida o muerte de Maran. Hacia mucho tiempo que no habia ocurrido ninguna cuestion tan importante; así que el pais entero estaba en conflagracion, por lo que se trató de decidirla con la mayor solemnidad. El lugar escogido para la partida era un espacio rodeado a todos lados por montañas, donde habian trepado buscando un aire mas puro, los piñones, que ocupaban de este modo un trono digno de los reyes de la floresta

araucana. El sitio estaba bien elegido: era un inmenso palenqué un campo cerrado, a que habrían tenido envidia los paladines de la edad media. He hablado de la edad media, no sin designio, porque la chueca se asemeja en efecto a un torneo, a un juicio de Dios, por cuyo medio el Araucano pretende conocer la voluntad de Pillan, el que muje en el fondo de los volcanes, i no se presenta al indio sino entre relámpagos i truenos.

Como el debate era ruidoso, habian concurrido los guerreros de todas las tribus de Arauco i tomado cada uno su puesto, bajo las banderas de Curimilla o Huentelemu, los campeones que iban a disputar la vida del obispo. Cuando engrosaron bien sus filas, ambos partidos se pusieron en marcha i vinieron a colocarse cara a cara, como dos ejércitos próximos a venir a las manos. Los defensores de los prisioneros estaban silenciosos, pero resueltos a vencer: toda la animacion, toda la algazara parecia haberse refugiado en sus contrarios, que lanzaban alaridos frenéticos al pasarlos en revista Huentelemu, que se presentaba altanero por cubrir su nervudo cuerpo con *el poncho del vestido morado*, como él nombraba la casulla del obispo, *manta* hermosísima, a que no hallaba otro defecto que estar cortada a los lados i de que habia tomado posesion por ser la pieza principal del botin. Glorificándose por sus proezas, se habia revestido con las insignias sacerdotales, como Hércules con la piel del leon, i para completar la semejanza con el héroe, la chueca que blandia en su mano, podía pasar demasiado por una maza.

Formaba un verdadero contraste con estos grupos tan bulliciosos i animados, un cuadro lastimoso que entristecia el alma; su figura principal era un anciano pálido i extenuado, de rodillas ante un sacerdote, que le daba su bendicion. Era Maran que se confesaba devotamente con un compañero, ántes de principiar el juego i hacia su testamento para que si algunos de los cautivos por casualidad sobrevivian, hiciese ejecutar sus últimas disposiciones.

Al poco rato, pasadas las fórmulas ordinarias, principió la primera partida de las tres que debian jugarse. Curimilla i los jefes principales de su bando poca o ninguna parte tomaron en la accion, conociendo que los adversarios arrastrados por su entusiasmo, mostrarian un poder sobrehumano a que seria imposible oponer una barrera. En efecto no tardaron en cantar victoria, pero sus caudillos mas distinguidos quedaron fatigados en una lucha con personas mui inferiores, miéntras los del otro partido con-

servaban sus fuerzas intactas; por otra parte la rabia de la derrota ajitada por las burlas i sarcasmos, hizo que los vencidos tomasen su revancha i los vencedores tuvieron a su turno que sufrir un reves, cuando la noche venia a separar a los combatientes.

Estas dos partidas que ganadas o perdidas por uno mismo, lo habrian decidido todo, no vinieron a ser ahora sino las escaramuzas de la gran batalla, que al siguiente dia iba a darse. Toda la noche la pasaron en exortarse unos a otros, i al amanecer cada cual estuvo en su puesto. Nada mas sorprendente que aquellas filas que se dividian o se apiñaban a ciertos movimientos, o que formando una masa compacta se precipitaban a carrera tendida en todas direcciones. Cada Araucano empuñaba su chueca, como un sable i la descargaba muchas veces con furia sobre su enemigo, bañándole en sangre, o la abandonaba para agarrarse cuerpo a cuerpo con su rival. Era una lucha porfiada, un juego azaroso de esos que no necesitan para ser inmortales, sino un Homero o un Virgilio que los cante. Se empleaba por ambas partes, toda la astucia, toda la táctica que se puso en Marengo o Austerlitz.

La victoria pareció en fin declararse por Huentelemu, cada golpe de su diestra retumbaba en el corazon de Maran que por volver el brio a sus defensores, habria deseado permanecer como Moises tres dias con sus brazos en cruz, si con ello lo hubiese conseguido. Un sudor frio pegaba los cabellos a su frente, el vértigo deslumbraba sus ojos i le hacia tener visiones espantosas. Aquella bola que rodaba entre el polvo, perdió su forma, le pareció que su cabeza que alguien habia tronchado, era machucada con golpes tan agudos que habria preferido morir en este instante, mas bien que sufrir una sensacion tan dolorosa.

A pesar del peligro, Curimilla no perdió su sangre fria: despues de haberse concertado con algunos, se colocó enfrente de Huentelemu i descargó un golpe sobre la chueca de su contrario con tal furia, que esta saltó en astillas, como la lanza hecha trizas en un bote; sin perder tiempo descargó otro segundo sobre la bola, que no encontrando resistencia corrió por la llanura con la rapidez de la bala disparada por un arcabuz. Miétras este incidente atraía la atencion las personas prevenidas, continuaron casi sin oposicion en arrastrar la bola hasta la raya que le servia de meta, ajustándole frecuentemente el golpe en el aire, ántes que cayese a tierra.

Los vivos i los aplausos que anunciaban su libertad, vinieron a

despertar a Maran del letargo en que por último había caído; en valde los indios protestaron serle fieles en adelante i cumplir con lealtad lo prescripto por la suerte, pues a despecho de su completa postracion, quiso ponerse en marcha aquella misma noche. Como el ave que se escapa de su jaula, no se detuvo, sino en los lugares necesarios para tomar aliento, así que llegó a Concepcion con mas lijereza de la que había puesto en su salida. Cuando entró las calles estaban atestadas de una innumerable muchedumbre de ambos sexos que lo recibieron con los gritos de *viva el señor obispo*, regocijándose con su presencia, como si saliese de la tumba. El, sin detenerse, cruzó las olas de la multitud, echando la bendicion a un lado i otro i no paró sino en el gabinete mas recóndito de su palacio, donde, despues de dar gracias a Dios, su familiar principió la relacion de su viaje con estas palabras, en que parece quiso tomar venganza del terror profundo que le inspiraron los Araucanos. «Con propiedad hablando, son desconfiados, fieros i sanguinarios; no tienen ninguna propiedad fija i son opuestos a la relijion.»

G. VÍCTOR AMUNÁTEGUI.